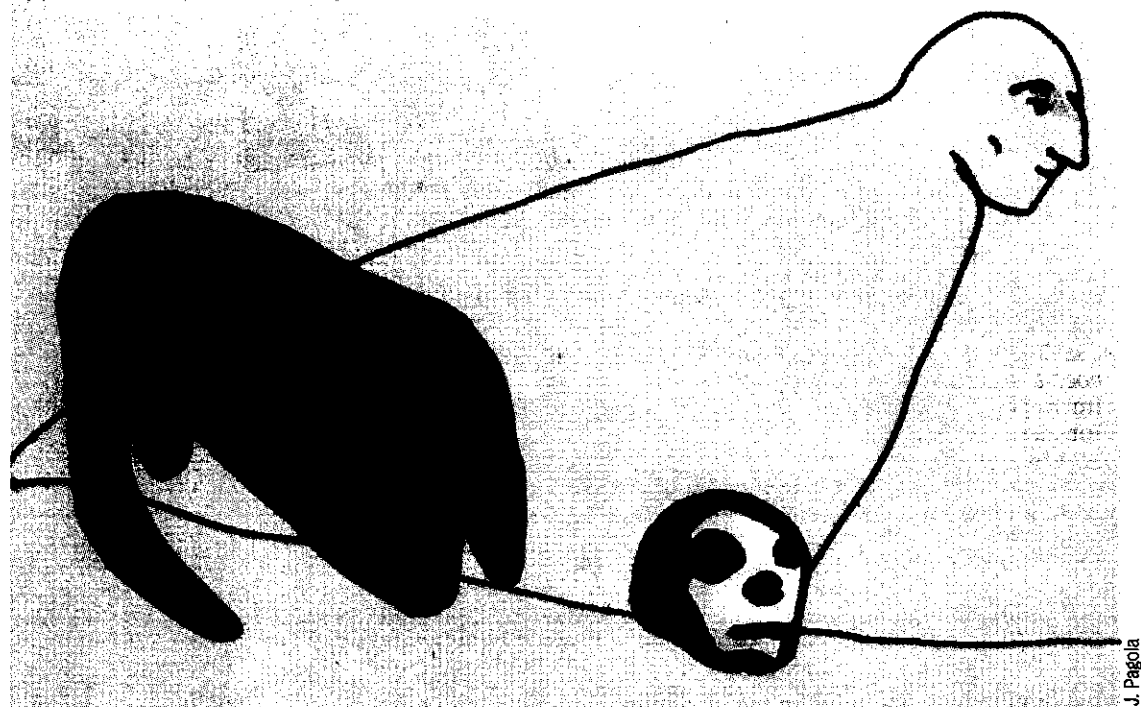


Una pasión secreta



J. Pagola

Carta de una desconocida

STEFAN ZWEIG

Traducción de Berta Conill
El Acantilado, Barcelona, 2002
66 páginas, 7 euros

EN la cumbre del éxito y de la madurez, un afamado novelista en la legendaria Viena de 1900, recibe una larga carta encabezada por este lema: «A ti, que nunca me has conocido». Atrapado por el enigma de una nerviosa caligrafía femenina, el escritor comienza la lectura de un manuscrito que ya no podrá abandonar hasta su fin.

Con el desgarrar de las pasiones más arrebatadoras, una mujer confiesa haberle amado siempre, aunque él –egoísta y triunfante– nunca se haya percatado de su amor. Ella lo amó siendo una niña, cuando el novelista, todavía joven, se mudó a su edificio: aquellos objetos suyos, exquisitos y refinados –concluye la muchacha–, tenían que pertenecer a una persona hermosa. Lo amó también en la adolescencia, mientras lo espiaba por las escaleras, humillada al comprobar que él regresaba por las noches, entre risas y canciones, con mujeres siempre distintas. Y lo amó, en fin, en la distancia, cuando su familia abandona la capital y ella debe partir con ellos, y rechazar a sus numerosos pretendientes por romántica fidelidad a su secreto.

La autora de la carta –a punto de morir por una terrible enfermedad– relata con letra temblorosa cómo regresó a Viena siendo ya una mujer, sólo para encontrarse con él; y cómo le esperaba en la calle cada noche, lloviera o nevase, en la esperanza de empezar a existir para su amado. Y así llega el día señalado en que el venturoso novelista se dirige finalmente a la enamorada, pero no ya porque reconociese en ella a la vecina de otros tiempos, sino para tener a su lado una aventura amorosa, rauda y fugaz. De esa noche breve y apasionada nace Stefan, de quien su progenitor no tendrá noticia hasta la recepción de la carta que ahora sostiene acongojado y cuyas páginas tiemblan entre sus dedos.

Una noche más se verán los amantes, muchos años después, pero tampoco entonces él reconocerá a la niña que le espiaba por el agujero de las escaleras, ni a la señorita que le esperaba, atarida por el frío, en los alrededores de su mansión, cuando él llegaba de madrugada de sus juergas nocturnas. En otras pa-

Zweig da una vez más en el clavo con un monólogo que desvela los rincones más íntimos del corazón humano

labras: él nunca supo ver a la mujer que sólo le vio a él.

«Si sostienes esta carta en tus manos, sabrás que una muerta te está explicando aquí su vida, una vida que fue siempre la tuya, desde la primera hasta la última hora».

Con un estilo efficacísimo, en una prosa que se lee sin querer, el maestro Stefan Zweig (Viena, 1881-Petrópolis, 1942) da una vez más en el clavo con un monólogo que desvela los rincones más íntimos del corazón humano. Lo fascinante de esta narración –una de las más logradas del escritor austriaco– es que desde la primera línea se apunta ya la última, logrando crear en el lector sensaciones parecidas a las que supuestamente creó en el destinatario original de la carta. En un arrebatado de inspiración y en una demostración de oficio, Zweig relata genialmente, en clave dramática y fatídica, una pasión secreta cuando se hace pública, incitándonos a todos a contemplar cómo se desvela lo más íntimo y confidencial.

Al terminar este libro queda uno con la sensación de cuántas cosas, hermosas o graves, pueden estar pasándonos sin que nos demos cuenta. También le quedan a uno –y quizá sea esto lo esencial– las ganas de ser amado como el hombre de este libro, aun en medio de la ignorancia; y, ciertamente, de amar como ama esta desconocida, aunque sea a costa de sufrir

Pablo D'Ors